

EL ENTRECASA EN EL ARTE

Decíamos en un ensayito anterior que el arte anda en pijama flo-
rescente, con tipo esculturico, moribú, palpable y
fiorecido.

Añadimos ahora que el arte de estos tiempos es arte de entrecasa.
Arte de mostrar el arte que, de golpe, sin que se le espere, surge en las
esperas familiares de poetas, pintores y músicos.

Ahora se muestra lo que antes se tuvo por, ejercicio preparatorio.
Ahora se da para afuera lo que antes se guardó celosamente. Y tam-
bién en ésto, corre parejas el arte con la manera de ser de los hom-
bres.

Hace tiempo ningún hombre o mujer que se tuviesen por correctos
aparecían en público sin aquella indumentaria terrible y tanquera que
les daba, a ellas, aspecto de carpas corredizas y a ellos empaque de
académicos.

Lo que aquellos hombres y aquellas mujeres eran dentro de la casa,
antes de zamparse aquella catastrofe de trapos resultaba cosa vedada,
absolutamente íntima; escandalosa si se propagaba hacia afuera.

Y naime nos mira nada contra esto: que el movimiento de la mujer
que así se ataviaba, sin el atavio era el mismo, idénticamente el mis-
mo, en gracia, noigura y periume visual que el que hace hoy la sport-
woman sobre la roja tersura de la cancha del tennis, o sobre el billar
quebrado del campo de golf.

Movimiento idéntico adentro; expansión, transparencia, trasmisión
distinta hacia afuera.

Arte nuevo: rapidez y dar. — Vidrio de despreocupación. Dejar ver.

Arte viejo: circunspeccion, respeto y modales de salón en las ideas.

Ya no hay borradores.

Esta es otra característica de lo de ahora. En esto se va junto a la
standarización de todo.

De uno golpe — el maravilloso soplo de ahora — se crean las cosas.

Lo mismo un automóvil que un poema.

Lo estupendo es que es tan poema el automóvil, como es automóvil
— movible por sí mismo — el poema.

Y de las bofetadas de esta dinámica fresca, con rocío de nervios
humanos, va manando la atención de los hombres.

Otra cosa: un poema de ahora es más confortable que un poema de
hace veinte años; nada más que veinte años.

Descansamos mejor en ellos. Hay algunos que los sentimos equipados
con ballones. Rodaje sin roce. Supresión del ruido. (¡Afuera consonan-
tes, medidas, palabras convencionales!).

Larguen las amarras. Despegamos y vamos en pleno vuelo.

Atmósfera de recepción en Nueva York. Lluven las proclamas del
arte nuevo. Alto y cuadrículado, como los rascacielos. Rápido y lu-
minoso, como los trajes de baño; sonoro, movido, inespera-
do, como los autos lanzados, como el movietone, co-
mo la onda amarrada al dial de ajuste que, en su esclavitud, canta o
da noticias de bolsa.

Y que ahora salga un zarrapastroso de los de la academia, y nos
diga que hay que volver a lo de antes...

Cuando ni siquiera había cuartos de baño en las casas...